PRÓLOGO

Soñaba que nos daban tanto dinero por la última siembra de trigo, que padre me permitía viajar a Francia, y por todo el mundo.
Un ensordecedor ruido me sacó de mis sueños para obligarme a entrar en una pesadilla, una muy real. Al abrir los ojos, pude ver entrar en mi habitación a tres hombres, ataviados con sucias ropas, y portando armas entre sus manos. Grité llamando a mi padre, a quien fuera, pero nadie aparecía. Uno de aquellos hombres me sujetó los brazos por encima de mi cabeza, y otro los pies para evitar que pataleara.
- ¡Ayuda! ¡Por favor que alguien me ayude!
- ¡Cállate! – me ordenó el hombre que aún ni me había tocado, acto seguido, sacó un pequeño cuchillo de su bota. Intenté nuevamente liberarme, sin éxito. Cerré los ojos y comencé a rezar para mis adentros, por mí y por mi familia, esperando que hubieran podido huir. Hubo un sonido desgarrador, y después una especie de liberación. Me acababa de rajar el camisón por la mitad, dejándome, sin posibilidad de ser pudorosa, enteramente desnuda frente a ellos. Las lágrimas escurrían por mis mejillas por la sensación de impotencia. Me examinó de arriba abajo, mientras pasaba delicadamente la punta del cuchillo por mi piel. Cada vez que el frío metal se acercaba a mi barriga, la encogía temblorosamente.
- Su padre dijo la verdad, vamos, echadle algo por encima – me sonrió maliciosamente - y al carro.
¿Mi padre? ¿Qué tenía que ver mi padre con esto? Como pudieron, bajo mi resistencia, me pusieron otro camisón que encontraron en mi habitación y me llevaron con ellos. Al salir de la habitación, mis padres se encontraban en el salón, abrazados y contemplando la escena.
- ¡Padre! ¡Madre! ¡Ayúdenme! – mi madre lloraba, abrazada a mi padre, y éste me miraba afligido. Un hombre que no había visto antes se acercó a mi padre para darle una bolsa de oro.
- ¡¿Me habéis vendido?! –Siempre pensé que me querían, aunque al parecer, no lo suficiente. Pataleé y pataleé, pero de nada sirvió. Me pusieron una mordaza en la boca y me tiraron a un carro, como si fuera un saco de hortalizas. Debajo de mí, otros cuerpos se quejaban por el seco golpe que había provocado. Intenté pedir perdón, pero no podía más que proferir sonidos ininteligibles por culpa de la mordaza.
Cerré los ojos y lloré en silencio. Casi no me importaba lo que me acaban de hacer, o el desconocido futuro que me esperaba, solo podía pensar en lo que me habían hecho mis padres. Jamás podría perdonárselo. Yo no era un objeto que pudieran vender, era una persona, ¡su hija! Si alguna vez tenía la oportunidad de volver a verlos, no lo haría, no podría.

Había perdido la noción del tiempo y tenía todo el cuerpo entumecido. Llevaba horas en la misma posición: tumbada bocabajo, apoyada sobre uno de mis brazos, clavándole el codo a otra persona, y con la rodilla de la última a la que habían cogido destrozándome la espalda. El carro paró en seco.
- ¡Vamos, vamos, no tenemos todo el día! – comenzaron a sacarnos, una a una, y a ponernos en fila. Por primera vez pude ver las caras de las demás. Todas éramos muy distintas, pero teníamos algo en común, la edad, o al menos eso parecía. Estábamos temblando, más de miedo, que de frío. Intenté hablar, o más bien gritar, a pesar de la mordaza. Uno de los hombres me profirió un puñetazo en el estómago que hizo que me retorciera y, simplemente, quisiera morirme.

- ¡No vuelvas a pegarle a ninguna así! – Le riñó otro – tienen que estar en perfecto estado cuando lleguen a la Corte.
A empujones, nos hicieron subir a un barco. Definitivamente no íbamos a la Corte inglesa. ¿Española? ¿Francesa? No tenía ni idea de a dónde íbamos, ni por qué.
Nos metieron a todas en una bodega. Tras pasar más horas sin poder decir nada y sin movernos, una de las otras chicas habló.
- Yo soy de Habton – sorbió por la nariz – había escuchado ruidos en el establo y, al salir para ver si los animales estaban bien, me cogieron.
- ¿Estabas sola? – Preguntó tímidamente otra.
- Mi padre murió hará un mes. Sí, estaba sola. - Quise darle el pésame, consolarla, pero lo cierto era que, todas lo necesitábamos. - ¿Y tú? – preguntó a la chica tímida.
- No quiero hablar de ello – escondió la cabeza entre las piernas y nos dio la espalda.
- A mi me cogieron en Badrallach, pero solo estaba de paso - rió irónicamente – y no recuerdo cómo me cogieron, supongo que estaba muy borracha.
Cada una de nosotras se aventuró a contar su historia, la de cómo habían llegado a aquel barco. Entre una y otra se hacía un incómodo silencio provocado por el miedo a recordar el momento y a añorar nuestras casas.
- ¿Y tú, blanquita? – me preguntó la sirvienta traída de la Américas. Más o menos me había quedado con la historia de cada una, añadiendo su sufrimiento al mío.
- No es muy agradable.
- Ninguna lo ha sido.
- Mareham, de ahí provengo – la chica escocesa me miró de reojo - ¿bastante lejos de casa, no? – asintió tristemente. No podía imaginar el tiempo que algunas llevaban presas si proveníamos de regiones tan, tan distantes. Todas me miraban, esperando a que les contara qué estaba haciendo cuando me cogieron. Parecían disfrutar con las historias, quizás porque les hacía olvidar las suyas.
- ¡La cena! – gritó una voz ronca, a la misma vez que varios hombres entraban con bandejas. Nos dieron a cada una de nosotras, unas quince, un cuenco de madera con sopa y trozos de… algo. Hambrientas, engullimos la cena sin volver a mencionar nuestras historias.
Unas antes, otras después, nos recostamos como pudimos e intentamos dormir, deseando que al despertar nuestros cuerpos siguieran en Habton, Wellow, Badrallach, Branton, Mareham, etc.
Un siseo me sacó de mis recién comenzados sueños. Abrí un ojo, sin saber muy bien si habían sido imaginaciones mías o me llamaban de verdad.
- No has terminado de contar tu historia – inquirió nuevamente aquella chica de color. Suspiré.
- Mis padres me vendieron. Fin de la historia – volví a cerrar los ojos.
- Lo siento – no respondí – me llamo Danissa – pretendía hacerme la dormida. Algo me decía que si comenzaba a intimar con alguna de estas chicas, estaría atada a ellas. No, no es lo que quería; quería escapar en cuanto tuviera oportunidad, pero algo me decía que las iba a necesitar, tanto o más que ellas a mí.
- Evelyn, mi nombre es Evelyn.

CAPÍTULO 1. LA LLAMADA.

Hacía calor, demasiado. Estaba siendo uno de los días más insoportables de aquel verano, el más seco de todos. El sudor resbalaba por mi frente mientras frotaba los sucios suelos de la cocina. El humo y la grasa incrustada en la madera no eran fáciles de quitar. Me limpié el sudor con la manga y suspiré, cansada. Día tras día tenía que llevar a cabo la misma rutina: me levantaba al alba, desayunaba unas gachas y comenzaba, junto a mis compañeras, a preparar el desayuno de la Familia Real y de todos sus invitados. Tras ello, limpiábamos la cocina y preparábamos el pan para el resto del día. La hora de cocinar el almuerzo era la peor. Llevaba tres años trabajando entre fogones y aún no comprendía por qué teníamos que hacer tanta cantidad de comida si, al final, tiraban más de la mitad. Limpieza de nuevo, y a preparar la cena. El día transcurría lento y ajetreado y ni si quiera podíamos encontrar a veces el descanso que nos merecíamos pues, si alguien tenía hambre en mitad de la noche, debíamos levantarnos y prepararles algo de comer. Era agotador. Sin embargo, peor eran las fiestas, donde se nos tenía cocinando comida durante todo el día, sin parar, para después limpiar durante toda la noche.

Terminé de fregar los suelos y miré por la ventana. Estaba atardeciendo por lo que era hora de comenzar a preparar la cena.

- Muchas veces he pensado en poner veneno en el pato – comentó una de mis compañeras.
- ¡Brianna! ¿Quieres callarte? Si alguien te oye podrían colgarte – replicó otra.
- Pero que lo hagan después de que se coma el pato – reprimí la risa. Ninguna de las que estábamos allí conocía realmente a ninguno de los miembros de la Familia Real. Los habíamos visto de lejos, o habíamos agachado la cabeza cuando habían pasado por al lado nuestra, por lo que solamente habíamos visto sus pies. No obstante, los conocíamos a la perfección y sabíamos que de ninguna manera tolerarían una osadía como la que Brianna acababa de cometer. Eran una familia muy respetada y temida, no solo en Francia, sino en todas partes.
- Me he enterado que pronto habrá una de esas fiestas – resoplé – y vendrán miembros de toda la realeza. Quizás volvamos a ver a nuestra Reina…
- ¡Brianna! Por favor, para ya. Si alguien te oyera llamar "nuestra Reina" a alguien que no fuera la Reina Catherine…
- Me colgarían, ya lo sé.
- No es solo eso, – comentó enfadada Clarissa - ¿de verdad piensas que la Reina de Inglaterra vendría a Francia? No es el momento.

Pude notar cómo los grandes ojos negros de Brianna se empañaban. Era la más pequeña de todas. Cuando nos cogieron pensaba que todas teníamos la misma edad, sin embargo, sólo lo hacíamos en apariencia.

- ¡Basta de discusiones! – Les llamé la atención – Ese pato no se va a preparar solo, ni los canapés, y mucho menos la *vichyssoise*.

Me obedecieron y apenas dijimos una palabra más hasta haber terminado de cocinar la cena. Una vez lista, las sirvientas vinieron para llevarse las bandejas. Entre ellas se encontraba Danissa, la primera amiga que había hecho en aquella fría embarcación.

- Tengo noticias – clamó como victoriosa – que ninguna se quede dormida temprano.

Cogió la última bandeja y salió de la cocina. El júbilo con el que lo había dicho nos dejó a todas confusas. Llevábamos tres años intentando salir de allí pero nunca conseguíamos los medios adecuados. ¿Los habría conseguido ella?

Una gran habitación, cerca de las cocinas, albergaba unas veinte camas. Había varías habitaciones como esas para todos los sirvientes. También había un largo mueble lleno de compartimentos para nuestras ropas, cada uno de ellos tenía tallados en la madera nuestros nombres. No es que tuviéramos mucho que guardar, simplemente un par de vestimentas para cada temporada. Cuando llegaba el frío o el calor, nos cambiaban la ropa por otra más adecuada.

Esperando a Danissa, no dejaba de dar vueltas alrededor de la habitación mientras mis compañeras se movían nerviosamente sobre sus camas. Aquellas que eran francesas de nacimiento nos apoyaban cuando buscábamos maneras de salir de allí, sin embargo, esta vez, se habían quedado dormidas por culpa del agotamiento. De pronto, la puerta se abrió bajo un chirrido y entró nuestra tan esperada amiga.

- Bueno, ¿qué? ¡Cuéntanos! – casi grité nada más verla, presa de la emoción y los nervios.

- Sentémonos...

- ¡No! Venga, cuenta de una vez.

- Está bien – se alisó la falda antes de proseguir – como sabéis, espero cerca de la Mesa Real hasta que Sus Majestades terminan de comer. Pues, hoy al medio día, el Rey me ha mirado. ¡A los ojos! ¡Por primera vez en años! Claro que después me ha recorrido todo el cuerpo con la mirada.

- ¿Y? – estaba ansiosa por saber a dónde quería llegar con aquella historia.

- Mientras tomaban el postre, por cierto Janet, les encanta la tarta de queso – Janet, la persona más tímida que jamás había conocido, se sonrojó y escondió la cabeza entre su frondosa y rizada cabellera – Mientras tomaban el postre, – repitió – escuché al Rey hablar con la Reina y uno de sus consejeros acerca de… de…

- Danissa, es para hoy, por favor.

- Quieren cambiarnos de trabajo, ascendernos por decirlo de alguna manera. A algunas de nosotras claro y, por la mirada del Rey, estoy entre ellas.

No podía creer que su entusiasmo fuera por aquello. Si nos ascendían, estaríamos más en contacto con la realeza, nos conocerían más y sería más difícil escapar. Los murmullos se extendieron por toda la habitación, la mayoría de ellos, llenos de alegría.

Me desplomé sobre mi cama, decepcionada y abatida, como si acabara de llegar de la guerra.

- ¿Qué te pasa, Eve? ¿No te alegras? – me preguntó Danissa, la única persona a la que permitía llamarme Eve, como siempre lo habían hecho mis padres.

- Yo lo que quiero es salir de aquí, volver a Mareham o, al menos, salir de Francia. – Me levanté bruscamente - ¡no quiero andar entre pasillos con esa gente! – me agarró de los hombros y me obligó a sentarme, como intentando calmarme.

- Han pasado tres años, Eve, no hay forma de que nos vayamos de aquí, ya no. Somos tan francesas como ellos.

- No, no quiero ser francesa – sollocé. Pocas veces había llorado desde los primeros días de mi cautiverio.

- Pues lo eres, lo quieras o no. Eve, ¿sabes las ventajas que conlleva dejar las cocinas? – Negué con la cabeza – te convertirías casi en una dama, he visto a muchas y normalmente lo único que hacen es servir de modelos para la confección de los vestidos, charlar con los nobles, ayudar a la Reina o a las Princesas en sus deberes o incluso... – Soltó una tímida risa – podrías ser amante del Rey o de…

- ¿Qué? ¡Antes que me decapiten!

- No seas tonta, es lo mejor que podría pasarte – la miré incrédula – Lo sabes, te tendrían como una joya de gran valor y si, por suerte el Rey te encintara y tuvieras un hijo suyo, ¡tendrías la vida resuelta! ¿Es que no lo ves, Eve?
- No, no lo veo, y no pienso permitir que caigas en algo tan atroz como eso.
- Claro que no, Eve, tú sigue con tus fantasías de volver a Inglaterra.
La ignoré mientras seguía diciéndome cosas; me metí en mi cama, me tapé los oídos con la almohada y me sumergí en mis pensamientos. En el fondo sabía que llevaba razón en cuanto a lo de no poder salir de la Corte, pero de ninguna manera la llevaba en cuanto a ser la amante de nadie… Si me sacaban de las cocinas, que así fuera, pero no dejaría que ningún hombre me tocara ni un solo pelo sin mi consentimiento.

Di vueltas y más vueltas en la cama, aún con la cabeza cubierta por la almohada. La quité y observé, en la oscuridad, la habitación. Todas dormían plácidamente. Danissa, en la cama de al lado, sonreía en sueños. Me tumbé bocarriba y comencé a pensar. Si conseguía regodearme entre nobles, quizás encontrará alguno inglés y si le ofrecía mis servicios como cocinera, o… Aparté aquel pensamiento de mi mente y me centré en la cocina. Si lo hacía, quizás consiguiera volver. Tenía que sacar provecho de la situación y esa era la mejor manera de hacerlo. No sabía si sería una de las elegidas para abandonar los fogones o, si lo era, si sería pronto; pero sí sabía una cosa, y es que mis esperanzas de salir de allí cada vez eran más fuertes.

****

Dos semanas después de que aquella noticia nos sorprendiera, y mientras amasaba una espesa masa de pan para el almuerzo, un paje real se presentó en la cocina. Automáticamente dejé de amasar y presté toda mi atención a lo que tenía que decir.
- Su Majestad el Rey de Francia requiere a Janet Randall y Evelyn Lowell de las cocinas – anunció con un tono de voz casi inaudible. No sabía si tenía miedo o estaba aliviada de que me hubieran llamado a mí. Janet, que estaba dándole vueltas a un caldo, comenzó a hacerlo aún más rápido, como si pudiera ignorar la recién anunciada noticia. Clarissa se acercó a ella por detrás e intentó que soltara el cucharón. Janet se aferró aún más a él. Clarissa tiró de ella, hasta que consiguió apartarla del fuego. La elegida del Rey comenzó a llorar y a abrazar a una cacerola. Era la más tímida de todas, y tras lo que había contado Danissa, era la que más motivos tenía para querer quedarse en las cocinas, sin tener que hablar con nadie o estar con nadie en todos los sentidos imaginables. Me acerqué a ella y se me quedó mirando fijamente, con los ojos empañados por las lágrimas.
- No puedo ir sola, Janet, necesito a una amiga – intenté convencerla.
- No puedo, – sollozó. – tengo miedo.
- Yo cuidaré de ti – como a una niña pequeña, le aparté la cacerola y la abracé, calmándola. Durante unos minutos, seguimos así, abrazadas, prolongando el tiempo de dejar atrás lo que llevábamos haciendo durante varios años para adentrarnos en algo nuevo, incierto y probablemente inseguro. Sí, gozaríamos de ciertos lujos, pero viniendo de donde veníamos, no era algo que realmente nos importara.
- Su… Su Majestad el Rey de Francia re… requiere a Janet Randall y Evelyn Lowell de las co… cocinas – tartamudeó aquel paje, quizás temeroso de recibir un castigo por la espera. Aún abrazando a Janet con un brazo, la guié hacia la puerta para ir tras el joven paje. Un guardia real aguardaba al final de pasillo para custodiarnos hasta donde nos esperaban.

En los tres años y pico que llevaba en el castillo nunca había ido más allá de las cocinas y los aposentos de los criados. A decir verdad, una vez había intentado escapar pero, al llegar al jardín, una docena de soldados hacían guardia y no tuve más remedio que volver a mis fuegos.
Los pasillos no tenían final. Las paredes, al igual que las del resto del castillo, también eran de fuerte y basta piedra gris, pero con una rica y elegante decoración en las ventanas con cortinas de terciopelo. Decenas de candelabros iluminaban nuestro paso. Los nobles que había por allí, cuchicheaban al pasar por su lado. Sabía lo que estaban pensando. Seguramente creerían que habíamos robado algo, o habíamos incumplido alguna ley y seríamos decapitadas, o algo por estilo. Así que me limité a sonreírles cuando les oía hablar, algo que, por lo visto, les provocaba espanto. El francés que hablaban era cerrado, apenas podía entender nada a pesar de haber aprendido a hablarlo, en cierta manera, en estos años. Parecían patos.
Por fin entramos en un gran salón. No sabría decir si era el principal, pues no sabía si había más de uno pero, era enorme. Alrededor de cincuenta o sesenta personas podrían caber allí sin problemas. La decoración era inigualable, muy recargada pero sin caer en los ordinario. Los colores transmitían tranquilidad. En frente mía, dos inmensos tronos se alzaban sobre unos escalones para dejar en una posición superior a Sus Majestades.
- ¡Eve! – Danissa, a quien había reconocido por su forma de llamarme – se abalanzó sobre mí y me abrazó. - ¡sabía que te llamarían a ti también! – con Danissa dejándome sin respiración, observé a mi alrededor. Al menos otras cinco chicas esperaban al Rey.
- ¿Lleváis mucho tiempo esperando? – pregunté, pero no le dio tiempo a contestarme. Un aviso de otro paje nos alertó de la llegada del Rey. Entre todas formamos un pasillo y nos inclinamos ante la presencia del soberano. Anduvo lento, pero firme, hacia su trono y se sentó.
- Por favor, dejad que os vea esas preciosas caras – indicó en francés y, poco a poco, fuimos incorporándonos. – Eso está mejor, veamos, ¿qué tenemos aquí? – el paje con el que venía le entregó un pergamino y leyó, silenciosamente, los nombres de cada una de nosotras. - ¿Inglesitas todas? – preguntó al paje.
Sentí la presencia de Janet muy cerca de mí, estaba temblando.
- No pasa nada, tranquilízate – le susurré, no lo suficientemente bajo pues el Rey levantó la mirada. Agaché la vista, esperando pasar desapercibida. Ahora era yo la que temblaba.
- ¿Danissa? – mi compañera, mi amiga, dio un paso adelante. El Rey la examinó con una sonrisa. Parecía ver algo que le gustaba. - ¿qué trabajo desempañabas hasta hoy? – preguntó en un perfecto inglés.
- Cuidaba de los jardines, Su Majestad.
- ¿Arreglabas flores? – Danissa asintió – supongo que tendrás manos delicadas.
- Así es, Su Majestad – respondió con total confianza. El Rey parecía ser muy directo, y cada vez me infundía más miedo.
- A partir de hoy serás… - meditó durante unos momentos – una de las damas de Su Majestad la Reina de Francia – pronunció el cargo de su mujer como si le molestara hacerlo – y, bueno, estarás a mi disposición, es decir, a disposición de la Corona Francesa.
Tras asentir, dio un paso hacia tras y el Rey llamó a otra. Danissa y yo intercambiamos miradas. Pude notar el entusiasmo contenido en sus ojos. Negué con la cabeza sin poder comprenderlo.
Las manos me sudaban y no hacía más que limpiármelas en la falda. Parecía que nunca iba a llegar mi turno; solamente quería que me dijera lo que quisiera y salir de allí.
- ¿Janet? – Le pegué un pequeño empujón, casi inapreciable para que se adelantara. Estaba tiesa, como una estatua – Vaya, una tímida por lo que veo. ¿Dónde trabajabas?

- En las cocinas – dijo en un hilo de voz. Parecía a punto de derrumbarse. El Rey apoyó la cabeza sobre el respaldo del trono y la miró aburrido.
- Pues serás dama de la corte, ¿por qué no? Solo espero que hables con los nobles un poco más fuerte. – le arrancó el pergamino de las manos al paje y buscó el último nombre en la lista. Me adelanté inconscientemente antes de que lo pronunciara.
- Y supongo que tú serás Evelyn – asentí – no está mal. No me importa mucho donde trabajases, es solo protocolo pero, dime…
- En las cocinas, votre majesté – respondí con el mejor acento francés que era capaz de poner. Pareció gustarle al Rey. Solo necesitaba que me pusiera en una buena posición para conocer a otros nobles, ingleses a poder ser y, sin embargo, parecía haber causado otra impresión… Me maldije a mi misma por ello.
- ¿Eras tú la que hacías esa rica tarta de queso?
- Esa era Janet, Su Majestad, yo me encargaba del pan y de cocinar otro tipo de comidas.
- Me gustaba más el "votre majesté" – bajé la mirada, sin saber muy bien cómo reaccionar – parece que tienes una figura parecida a la de la Reina, o a la que la Reina aparenta tener, – se rió consigo mismo – serás una de sus damas y además su modelo para la confección de sus ropajes, aunque estoy seguro de que a ti te quedarán mucho mejor – seguí mirando al suelo, intentando recomponerme y volver a respirar. – y al igual que… Danissa y Celestine, estarás a total disposición de la corte francesa, d'accord?
- De acuerdo – respondí en un inglés puro, desafiándolo, quizás. Volvimos a hacer una reverencia y a formar dos filas para crear un pasillo. En cuanto el Rey se hubo ido, los soldados nos escoltaron hacia unos aposentos. Allí había tres bañeras de latón llenas de agua tibia. Junto a ellas, tres doncellas nos esperaban para ayudarnos a desvestirnos y lavarnos. Una de ellas se acercó a mí e intentó desabrocharme el delantal que aún llevaba. Me aparté bruscamente. La conocía, a ella y a todas, y no era superior a ellas. No tenían por qué hacer esto. Intentó nuevamente quitármelo y esta vez corrí, literalmente, hacia el otro lado de la habitación. Observé como las demás dejaban que les quitarán la ropa.
- Ni te acerques – le ordené a aquella chica, de cuyo nombre no me acordaba – Si tengo que hacerlo, lo haré yo misma.
Esperé a que todas se lavaran, y juguetearan con el agua. Seguramente pasarían semanas hasta que pudieran volver a hacerlo aunque, comparado con el tiempo que llevaban sin lavarse si quiera la cara, no era nada. La corte francesa tenía fama de ser una de las más sucias, casi nunca se lavaban y todo el mundo se había acostumbrado ya al olor. Eran los caros perfumes de los nobles los que disimulaban el hedor.
Cuando llegó mi turno, las bañeras estaban casi vacías y el agua totalmente fría. La misma doncella a la que había evitado echó varios baldes de agua caliente, no sin antes mirarme esperando la aprobación.
Me desvestí yo sola y me metí en la bañera ante la mirada de las demás. Me sentía muy incómoda, así que me froté el cuerpo lo más rápido que pude, lo aclaré y salí de allí. Al ponerme la toalla que me habían dado, noté su suavidad. Jamás había tocado una tela así.
Me sequé concienzudamente tanto el cuerpo como el pelo. Sobre una silla descansaba un vestido color verde esmeralda, junto a un corpiño y unos zapatos de tacón.
- ¿Me deja que le ayude? – nuevamente, la doncella… ¡Brigitte! Lo había recordado, se acercó a mí y cogió el corpiño. No tenía ni idea de cómo se ponía, así que asentí agradecida. Me pidió que lo sujetara fuertemente sobre mis pechos una vez puesto y antes de que pudiera decirle que ya lo estaba haciendo, tiró de las cuerdas y lo apretó, dejándome sin respiración. Sentí como mi cuerpo se estrechaba, y cómo mis pechos intentaban escapar de aquella prisión. Me metió el vestido por la cabeza y me lo abrochó. En frente mía un espejo me devolvía mi reflejo. No me reconocía. Brigitte intentaba recoger en un moño mi pelo,

pero resbalaba por estar aún demasiado mojado. Finalmente, decidió recogerme solo unos mechones y dejar que me cayera por encima de los hombros. Me puse los tacones y comencé a tambalearme, hasta perder el equilibrio.
- ¡Que se cae! – Briggite me agarró. – ¡ni que fuera subida en banquetas! – jamás me había puesto algo que me levantarla del suelo. Además, la falta de aire en mis pulmones estaba provocando que se me fuera la cabeza.
- Ponte esto – me dijo Danissa agarrándome la cara sin que pudiera evitarlo. Me puso polvos blancos y me pintó los labios. Tosí. Me ahogaba, realmente lo hacía.

Llamaron a la puerta y otra doncella entró para indicarnos que teníamos que ir a ver a la Reina. Una detrás de la otra salimos de los aposentos. Esperé para ser la última, no sin antes coger un abanico para echarme aire. Apenas podía seguir a las demás, andaban como si hubieran nacido con tacones, ¿por qué? Intenté observar a Janet, parecía igual de nerviosa que siempre pero se movía grácil en sus ropajes.
La fría y gruesa pared de piedra me sirvió de sustento. La cabeza me daba vueltas y apenas podía respirar.
- Mademoiselle, ça va? – aquellas palabras en francés me agobiaron aún más. Me deshice de la mano que intentaba sujetarme y salí corriendo con las pocas fuerzas que me quedaban. Intenté quitarme el vestido, aflojarlo aunque fuera, pero era imposible. Perdí los zapatos por el camino. Los pasillos se iban estrechando conforme avanzaba. Todo estaba más oscuro y, a lo lejos, oía a aquel soldado llamarme. Un pitido se apoderó de mis oídos justo en el momento en el que empujaba una de las puertas hacia el exterior. Caí de rodillas sobre el verde césped y la luz del sol me cegó. Un molesto susurro se acercaba a mis espaldas. Me giré cayendo sobre el césped de espaldas. Aquel soldado se me acercó farfullando en aquel horrible idioma.
- Ayúdame – articulé con dificultad. Me palpé sobre el pecho y la barriga e intenté tirar de la ropa. Cerré los ojos e intenté concentrarme, en la oscuridad, para tirar con todas mis fuerzas pero todo esfuerzo era en vano. Comenzaba a perder el sentido cuando aquel soldado me giró y me puso bocabajo. Bajo el incesante zumbido en mis oídos, escuché desenvainar una espada; ésta cortó la tela del vestido y seguidamente las cuerdas que apretaban el corsé. Una inesperada e inconsciente bocanada de aire le devolvió la vida a mis pulmones. Respiré rápido intentando llenarme de aire, temiendo que se me volviera a escapar. Me giraron de nuevo, pero no quería abrir los ojos; la cabeza seguía dándome vueltas. Sentía cómo el aire volvía a entrar sin dificultad y, sin embargo, no me encontraba bien. Parecía como si por mis dedos se desplazaran cientos de hormigas y apenas oía ningún sonido. Intenté hablar de nuevo, cómo antes había pedido ayuda, pero no pude emitir ningún sonido. El sueño se apoderó de mi ser, impidiéndome seguir despierta, seguir en este mundo.

****

- Cámbiale el paño, ponle uno más frío – unas voces me sacaron de mis sueños. Abrí lentamente los ojos; la luz me molestaba. Parpadeé infinitas veces intentando ayudarles. Cuando recobré vagamente la vista, observé a mi alrededor, estaba en lo que parecía una sala de curación.
- Vaya, vaya, si parece que se ha despertado la damita. – dijo alguien con retintín. Parecía ser uno de los médicos de la corte. – Tienes suerte de ser una dama, si siguieras siendo una cocinera, la Reina habría dejado que te ahogaras en el patio.
- ¿La Reina? ¿Ahogar? – todo aquello que pudiera decirme era desconocido para mí. ¿Qué hacía allí? Me llevé la mano a la frente y me concentré en recordar. Lo último que recordaba

era estar bañándome en unos aposentos y, cuando me puse el vestido con aquel apretado corsé… ¡Claro! No podía respirar, salí corriendo al patio y allí me desmayé. Un soldado me ayudó a destrozar aquella prenda infernal. Pero seguía sin comprender lo de la Reina.
- ¿Qué tiene ella que ver conmigo? – pregunté curiosa y también muy nerviosa.
- ¿Ella? ¡Qué falta de respeto! Su Majestad la Reina de Francia – pronunció con detenimiento, respeto y orgullo - la encontró medio moribunda en el patio, siendo auxiliada por un soldado. – Asentí, comprendiéndolo – le dio pena que su recién empleada dama se muriera y ordenó a aquel joven que la trajera.
- ¿Cuándo podré irme? – me lanzó una mirada furiosa.
- Ya se encuentra perfectamente, si fuera por mí, se habría ido ya. – Me incorporé con cuidado para no volver a marearme – Ahogamiento por corsé, ni que fuera algo nuevo… – el médico farfullaba como un viejo gruñón mientras ordenaba unos botecitos. Al bajarme de aquella, ¿mesa?, era muy dura, seguro que lo era; me percaté de lo que llevaba puesto. Me habían vestido con un camisón y no me habían dejado si quiera unos zapatos. Quise preguntarle al médico, por si los tenía guardados pero, viendo su humor, no quise atreverme.
- Au revoir, mmm... merci? – intenté que sonara amable, especialmente al estar en su idioma, pero únicamente recibí una señal con su mano dándome permiso para irme.

Crucé lo más rápido que pude el castillo, pasando la mayor vergüenza de mi vida: iba en camisón y descalza; todo el mundo me miraba.
Al bajar unas interminables escalinatas me di cuenta de que no sabía hacia donde me dirigía. Instintivamente había andado hacia las cocinas pero, aquel ya no era mi sitio. Me mordí el labio y reprimí las ganas de llorar. Me sentía perdida, más que nunca, y no solamente porque no supiera hacia dónde tenía que dirigirme.
- ¿Puedo ayudarte, querida? – me giré y vi cómo una Real silueta me sonreía. Portaba un traje de seda de color rojo, y joyas de oro de un valor incalculable. Su pelo, tan dorado como los rayos del sol, descansaba recogido en un perfecto moño, adornado con una delicada corona. Sus verdes ojos infundían respeto; la mueca que dibujan sus labios, miedo.
Hice una reverencia y dejé que la Reina me indicara el camino a mis nuevos aposentos.

DESARROLLO DE LA HISTORIA (MOMENTOS CLAVE)

* La historia se desarrolla en 1547.

En el **prólogo y el primer capítulo** de *Evelyn* los acontecimientos se desarrollan a una velocidad casi estelar, pues su función no es otra que **contextualizar al lector**, ocurriendo en el resto de la obra la trama principal. Ambos lo que pretenden es mostrar la backstory de la protagonista, las dos vidas que llevaba antes de convertirse en una dama inglesa de la corte francesa.

Una vez recuperada del momento de pánico sufrido al convertirse en una dama de la Reina de Francia, Evelyn intentará **acostumbrarse a sus nuevas obligaciones**, teniendo que esconder constantemente su carácter y personalidad, así como sus verdaderas intenciones. Las largas horas de pie, siendo pinchada y utilizada como una muñeca por los sastres, las aburridas charlas con otras damas y nobles, o las pesadas fiestas son solo algunos de los acontecimientos a los que se tendrá que afrontar para ganarse la confianza de todo noble. Estos momentos abarcarían los siguientes capítulos, entrelazados, probablemente, con recuerdos de su vida anterior para no caer en una pesadez y repetición. Los primeros capítulos sirven no solo para **conocer su backstory, sino también su personalidad**. Habría que definir muy bien cada capítulo, y enfrentarse a ellos para saber realmente cuánto ocuparían y en cuantas situaciones nuevas puede verse envuelta Evelyn.

Tras estos capítulos, llegamos a los dos primeros detonantes de la historia. El primero de ellos acontece cuando **Evelyn intenta escapar**. Saldrá corriendo por el pasillo hasta detenerse ante la llamada de atención de uno de los soldados. Sin darse la vuelta, y con éste acercándose por su espalda, mantendrá la paciencia y cautela para, en el momento de encontrárselo cerca, girarse y quitarle el arma. El guardia rápidamente volverá a desarmarla y la pondrá con la pared. *"Te salvo la vida, ¿y así es como me lo agradeces?",* le preguntará el guardia con la espada colocada sobre el cuello de la joven. Ésta le pedirá disculpas y le dará las gracias por la otra vez. **Evelyn habría conocido a Alain.**
El segundo momento clave en este periodo de la historia se desarrollaría con una **desagracia**. **Janet es llamada por el Rey**, y éste se aprovecha de ella y **la viola sexualmente**. Tras esto, Janet, con su tímida personalidad y miedo a todo, **se precipita desde una de las torretas** de palacio, acabando así con su sufrimiento. Este hecho **marcará la vida y la personalidad de Evelyn**, sumiéndola en una leve depresión y provocando que desconfíe hasta de aquellos que más le demostrarán (como ocurrirá con Alain).

Un día, llegará un joven **conde español** a corte para hospedarse unos días y pactar lazos comerciales con Francia. Viendo una oportunidad de oro para escapar, al menos de Francia, Evelyn comienza a hablar con él, y a flirtear. Sin embargo, éste parece no tener ojos para ella, sino más bien hacia otro noble francés. Las relaciones homosexuales estaban totalmente prohibidas en la esfera de lo público. **Evelyn acababa de encontrar una manera de chantajear a aquel joven: expondría sus gustos sino la ayudaba a salir de allí. El conde intentaría encontrar una solución.**
Estos capítulos serían bastante políticos, y quizás históricos, basándome en algunos datos de la historia sobre comercio y hechos importantes acontecidos entre España, Francia e incluso Inglaterra.

Mientras tanto, el Rey pondrá sus ojos sobre Evelyn, y la citará una noche en sus aposentos; será Alain la que vaya a buscarla en mitad de la noche bajo la orden del Rey. Ella le pedirá a su amigo que la proteja, que no la obligue a ir con el Rey, pero éste no podrá hacer nada. Al entrar en la habitación, al igual que a Janet y a otras muchas, **la violará**.
Destrozada moralmente, y dañada físicamente, Alain tendrá que llevársela a sus aposentos para cuidarla sin que nadie lo sepa. Ella será reacia a estos cuidados por considerar que no tendría que hacerlo si la hubiera ayudado como le había pedido.
La amistad de Alain y Evelyn, de la cual se habrán visto pinceladas en capítulos anteriores, se verá **deteriorada** por el comportamiento de ella.
No sería la primera vez que el Rey Henry la llamara a sus aposentos.
En estos capítulos, Evelyn se preguntará si realmente quiere seguir viviendo, no encuentra motivo para seguir haciéndolo; también se preguntará cómo es el amor verdadero, cómo es mantener una relación sexual con alguien a quien realmente quieres.

Las buenas noticias llegarán por fin a la corte, a Evelyn. **Habría recuperado su amistad con Alain, y algo más**. Éste le había demostrado cuán **importante** era para él, y ella se habría dado cuenta de que a pesar de que hubiera pensado que no la había ayudado, siempre había estado ahí cuando le había necesitado. Sin embargo, una pequeña discusión hará a Evelyn decirle a Alain lo mucho que odia a los franceses, y cómo no hay nada en Francia que la retenga.
Y es por esto, por **el amor que Alain siente hacia ella** que habla con el conde español y le propone una idea para ayudar a Evelyn y evitar que se desvele su secreto.
Una noche, de camino a los aposentos de Alain para pedirle disculpas, Evelyn se encuentra con **el conde** y éste le cuenta el **plan**: se **casaría con ella**. No necesitaban tener amor, ninguno de los dos quería, solamente mantener las apariencias para cada uno conseguir lo que quisieran. Habiendo **aceptado la propuesta del conde**, y sin pedir perdón a Alain, Evelyn se verá absorta en **la mayor duda de su vida**: irse como siempre había querido, o quedarse con Alain. Mientras tanto, su amiga **Brianna**, al enterarse y no queriendo el abandono de la corte por parte de Evelyn, **convencerá al Rey del buen partido que es Evelyn**, de que no la deje escapar y de que ambas podría ser grandes *mistresses*.

El <u>final de la novela</u> está formado por un **final abierto** a una posible **secuela**, puesto que el Rey obligará a marcharse de la corte al conde, **dejando sin posibilidades de huir a Evelyn**. Y, aunque ésta consigue tener lo que parece “un final feliz” con Alain, la **llegada de su pasado** dificultará aún más sus vivencias en el castillo: su padre, y la explicación de por qué la vendió.

DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES

· **EVELYN**: Es la protagonista de la historia, y es una chica de unos dieciocho años con un carácter muy fuerte y que siempre tendrá muy claro lo que quiere y necesita, por eso, cuando las adversidades le impidan mantener esa personalidad, será incapaz de saber qué hace y se odiará a si misma por ello. Físicamente es rubia, con unos poderosos ojos verde aceituna y de estatura media.
Arrancada de su hogar inglés a los quince años, trabajará en las cocinas de la corte Francesa hasta convertirse en dama de la Reina de Francia. Buscando una escapatoria del país para volver a su amada Inglaterra o, simplemente, para salir de allí, buscará estratagemas comerciales, políticas y sociales a través de las relaciones con otros nobles.
En cuanto a las relaciones más personales; se enamorará de Alain, un soldado que la salvó de morir ahogada en su primer día como dama; Brianna y Janet serán sus mejores amigas, y sin embargo ambas acabarán dándole graves disgustos; será una de las damas de mayor confianza de la Reina, y la dama de compañía del Rey.

· **ALAIN**: Con veinte años, Alain es uno de los soldados más aplicados del la guardia de la corte Francesa. Su abierta y comprensible personalidad le hará ser digno de confianza para todo aquel con el que entable relación. Físicamente es rubio, de tez clara y con ojos de color azulado. Tras salvar y apoyar a Evelyn, se enamorará perdidamente de ella y hará cuanto esté en su mano porque ésta consiga su objetivo y huya de Francia.

· **BRIANNA**: Dieciocho años, procedente de las Américas, será una de las mejores amigas de Evelyn. De tez morena y pelo rizado oscuro, Brianna antepondrá siempre sus deseos al de los demás, aunque esto provoque desdichas a aquellos en los que confía. No tiene problemas de confianza en sí misma, y sin embargo si lo tendrá de identidad, pues intentará siempre ser superior a los demás por un absurdo pensamiento de que en realidad es inferior.

· **REY HENRY**: Es el histórico Enrique II, Rey de Francia, conocido por sus incansables pasiones y por su desvaída personalidad, jugará un papel fundamental en la construcción de la personalidad de Evelyn. Al provocar la muerte de Janet, y con sus posteriores violaciones a Evelyn, provocará un rechazo y repugnancia por parte de esta, pero también un comportamiento de impasibilidad al darse por vencida en cuanto a tal monstruo.

· **REINA CATHERINE**: Es la histórica Catalina de Médici, reina consorte del Rey Enrique II de Francia. Proveniente de la famosa y rica familia italiana de los Médici, Catherine (o Catalina), intentará salvaguardar su posición en la Corte, no dándole importancia al rechazo de su marido, forjando así una fuerte personalidad y respeto por parte de toda Francia hacia ella.

· **JANET**: Es una de las chicas más tímidas de la corte; morena con ojos algo saltones y una expresión de tristeza, Janet será uno de los elementos más importantes de la historia, al ser confidente de la protagonista, y también el detonante del cambio de personalidad de ésta ante su prematura y sufrida muerte.